

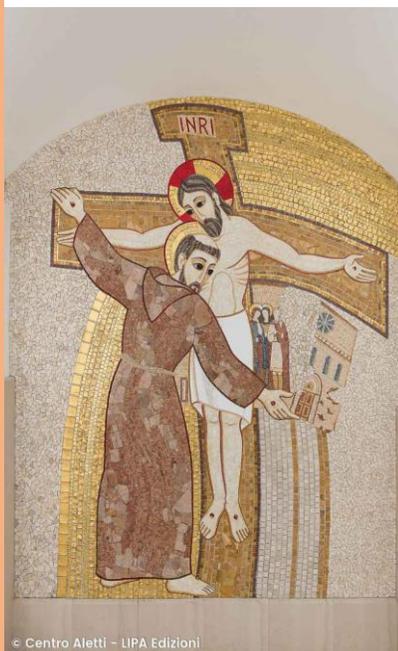
Celebración del VIII Centenario de la SEGUNDA CARTA A LOS FIELES (1221) De San Francisco de Asís

⁴⁸ Y sobre todos aquellos y aquellas que cumplan estas cosas y perseveren hasta el fin, se posará el Espíritu del Señor y hará en ellos habitación y morada.

⁴⁹ Y serán hijos del Padre celestial, cuyas obras realizan.

⁵⁰ Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo

Segunda carta a todos los fieles #48-50



A Francisco le mueve la urgencia evangélica de proclamar las palabras del Verbo del Padre y las palabras del Espíritu Santo "que son espíritu y vida". No se trata de una espiritualidad incorpórea, sino de un Espíritu que es vida que se hace carne y da vida verdadera, en plenitud.

Francisco presenta este gran misterio de gracia que es la vida cristiana, y que nace de la efusión del Espíritu, y luego se desarrolla en la riqueza de las relaciones "familiares" con la caridad trinitaria que es Dios. A los que escuchan y sirven al Evangelio, Francisco les asegura que el Espíritu del Señor descansará en ellos y se convertirán en su morada. Serán hijos/as del Padre y esposos/as, hermanos/as y madres de Jesucristo.

Una vida humana vivida según el Evangelio se convierte en un lugar consolador que ofrece hospitalidad y donde Dios puede encontrar una morada. Siendo la morada de Dios, el creyente se convierte así en un espacio sagrado en el que toda otra persona, al encontrarse con él, se encuentra también con Dios.

Convertirse en morada de Dios, por tanto, no es solo tener una experiencia íntima y solitaria, sino que se realiza en todas las expresiones más bellas de la relación con Dios y en él de las relaciones con los hermanos, y se abre a todas ellas para

vivificarlas. Ser hermanos, esposos y madres indica relaciones que tocan la esfera más profunda de la persona, implicando el espíritu, el alma y el cuerpo y, por tanto, la mente, el corazón, la voluntad y las obras.

María es para nosotros la que de manera sublime y por excelencia es la morada del Hijo de Dios. Ella es la que vivió en plenitud su ser Madre, Esposa y Hermana.

Para la reflexión:

- ¿Qué significa para mí ser la morada de Dios? ¿Cómo cuido la morada de Dios que es mi cuerpo, mi mente, mi corazón, mi espíritu?
- En esta época de distanciamiento social, nuestras relaciones han sufrido cambios. ¿Cómo vivo la creatividad del amor buscando nuevas formas eficaces de cuidar las relaciones?
- ¿Cómo cuido mi relación con María?

Oremos:

¡Salve, Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María, virgen hecha iglesia, elegida por el santísimo Padre del cielo, consagrada por él con su santísimo Hijo amado y el Espíritu Santo Defensor, en ti estuvo y está toda la plenitud de la gracia y todo bien! ¡Salve, palacio de Dios! ¡Salve, tabernáculo suyo! ¡Salve, casa suya! ¡Salve, vestidura suya! ¡Salve, esclava suya! ¡Salve, Madre suya! Y, ¡salve, todas vosotras santas virtudes, que, por la gracia e iluminación del Espíritu Santo, sois infundidas en los corazones de los fieles, para hacerlos, de infieles, fieles a Dios!

(San Francisco, Saludo a la Bienaventurada María)